

OP ANTES

In Luce Et Veritate

*Una sola
comunidad,
muchas
formas
de servir.*



Una Vocación de
Blanco
& Negro
que Perdura

H

ablar de la vocación del hermano cooperador en la Orden de Predicadores es hablar de una forma concreta y hermosa de seguir a Jesucristo desde el carisma de Santo Domingo. Durante mucho tiempo esta vocación fue vista únicamente desde el servicio que los hermanos prestaban dentro de los conventos, como si su misión consistiera solo en realizar determinadas tareas prácticas. Sin embargo, la vida de la Orden y la reflexión de la Iglesia han permitido comprender que ser hermano cooperador significa mucho más que desempeñar un oficio: es una auténtica vocación religiosa, una manera plena de vivir el Evangelio y de participar en la misión de la predicación.

Desde los primeros años de la Orden, Santo Domingo quiso reunir una comunidad de hermanos que compartieran una misma vida y un mismo ideal. Antes que sacerdotes, estudiantes o maestros, todos eran hermanos. Ese detalle puede parecer sencillo, pero encierra una enseñanza muy profunda. Lo que une a los dominicos no es, en primer lugar, el ministerio que cada uno realiza, sino la decisión de seguir a Cristo viviendo en comunidad, compartiendo la oración, el estudio, la misión y la fraternidad. En ese proyecto siempre hubo lugar para frailes que, sin recibir la ordenación sacerdotal, entregaban toda su vida al servicio de Dios y de la predicación.



Con el paso del tiempo, muchos hermanos cooperadores fueron conocidos por el trabajo silencioso que realizaban en los conventos: cuidaban la portería, la cocina, la huerta, los talleres o la administración. Gracias a su entrega, la comunidad podía desarrollar su misión con tranquilidad. Sin embargo, reducir su vocación únicamente a esas tareas sería quedarse con una parte muy pequeña de su verdadera identidad. El hermano cooperador no vale por lo que hace, sino por lo que es: un religioso dominico que ha consagrado toda su vida a Dios y que anuncia el Evangelio desde el lugar donde la obediencia y la comunidad lo necesitan.



Esa es quizá la mayor riqueza de esta vocación. Mientras el sacerdote predica habitualmente desde el púlpito y celebra los sacramentos, el hermano cooperador recuerda que el Evangelio también se anuncia con la vida. Una palabra de ánimo, una acogida amable, un trabajo realizado con responsabilidad, una conversación con quien necesita ser escuchado o la sencillez con la que se vive cada día pueden convertirse en una verdadera predicación. Santo Domingo entendía muy bien que la predicación nace de la contemplación y se expresa de muchas maneras. Por eso, el hermano cooperador también es predicador: predica cuando sirve, cuando acompaña, cuando trabaja con alegría y cuando hace visible el amor de Dios en los pequeños gestos de la vida cotidiana.

Esta vocación tiene además un valor muy especial para la vida de la Orden porque recuerda constantemente que todos los frailes son iguales en dignidad. Lo que hace dominico a un fraile no es la ordenación sacerdotal, sino la profesión religiosa, es decir, el compromiso de vivir los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia según el espíritu de Santo Domingo. Esa profe-

sión es la que da forma a toda la existencia del hermano cooperador y lo incorpora plenamente a la misión común de la Orden. Su vida es un testimonio de que la santidad no depende del ministerio que se ejerza, sino de la fidelidad con la que cada uno responde al llamado de Dios.

En nuestros días esta vocación adquiere un significado aún más profundo. Vivimos en una sociedad que muchas veces valora a las personas por el cargo que ocupan, el poder que tienen o el reconocimiento que reciben. Frente a esa realidad, el hermano cooperador recuerda que el Reino de Dios funciona con otra lógica: la del servicio, la humildad y la fraternidad. Su presencia dentro de la comunidad es una invitación permanente a reconocer que todos somos discípulos antes que maestros y hermanos antes que autoridades.

La figura de San Martín de Porres expresa de manera extraordinaria este ideal. Su vida demuestra que la santidad no necesita grandes escenarios para transformar el mundo. Martín evangelizó cuidando enfermos, atendiendo a los pobres, sirviendo a su comunidad y viviendo una profunda unión con



Dios. Nunca buscó prestigio ni reconocimiento; simplemente hizo de cada jornada una oportunidad para amar. Esa sencillez fue precisamente la que convirtió su vida en una predicación que sigue hablando con fuerza después de tantos siglos.

Ser hermano cooperador en la Orden de Predicadores significa, entonces, aceptar el llamado de Dios para vivir el carisma dominicano desde una entrega total. Significa hacer de la fraternidad un lugar donde todos puedan experimentar el amor de Dios; del trabajo cotidiano, una expresión de servicio; del estudio, un camino para conocer mejor la verdad; y de la oración, la fuente que sostiene toda la misión. No se trata de una vocación “de apoyo” ni de un camino alternativo al sacerdocio. Es una respuesta completa al seguimiento de Cristo, con una identidad propia y una misión irremplazable dentro de la Iglesia.

Hoy la Orden necesita seguir mostrando la belleza de esta vocación. Muchos jóvenes buscan una forma de entregar su vida que tenga sentido, que esté cerca de las personas y que permita servir con autenticidad. El hermano cooperador ofrece

precisamente ese testimonio: una vida sencilla, profundamente fraterna, dedicada a Dios y completamente orientada a la predicación del Evangelio. Su misión nos recuerda que no siempre se anuncia a Cristo desde un altar; muchas veces se hace desde una portería, una biblioteca, una cocina, un salón de clases o cualquier espacio donde un hermano vive con alegría y fidelidad la vocación que Dios le ha regalado.

En definitiva, la vocación del hermano cooperador es un regalo para la Orden de Predicadores y para toda la Iglesia. Su vida hace visible que la predicación comienza mucho antes de pronunciar una palabra: empieza en un corazón que ha decidido seguir a Cristo con sencillez, servir a los hermanos con generosidad y hacer de toda su existencia un anuncio vivo del Evangelio. Esa es, quizás, la predicación más convincente que puede ofrecer un dominico al mundo de hoy.



*Fray Sebastián
Morales Tavera, O.P.*